



LA CRÍTICA LITERARIA DE LUIS LÓPEZ MÉNDEZ (1863-1891) EN LOS ALBORES DEL ENSAYO MODERNO EN VENEZUELA

Liduvina Carrera

*Ojalá este trabajo mío sirva para renovar
el recuerdo de este escritor e invite a quienes
puedan hacerlo debidamente, al estudio de su obra.*

Julio Planchart.

1.- La generación de López Méndez

Entre los románticos, los académicos y los modernistas hubo una generación intermedia, la de los positivistas, cuyo problema no fue tanto el cambio en los estilos o las formas artísticas, como el aporte de nuevas ideas sociológicas o científicas, para orientar de otro modo las comunes preocupaciones del alma venezolana. Los integrantes de esta generación, además de haber estudiado idiomas modernos, habían hecho de su trabajo literario un instrumento polémico para interpretar la realidad histórica y social del país. Sus nombres fueron: Gil Fortoul, historiador, sociólogo y novelista,

Lisandro Alvarado, historiador y naturalista, César Zumeta y Luis López Méndez cultivadores de ensayo y crítica.

En esa oportunidad, el país se ventilaba con nuevas corrientes intelectuales y grupos de jóvenes desconocidos comenzaban a proferir ardorosas palabras. Fue una época importante en la cultura venezolana, porque se renovaban los estudios históricos y se aplicaba la Sociología al examen de la realidad. Para Picón Salas (1961), ninguna generación nació con mayor vocación científica. Salidos del círculo universitario del Dr. Ernst, estos jóvenes estaban ansiosos de noticias y de datos para crear su propio sistema polémico y combatir lo tradicional. Esta generación de Gil Fortoul, Lisandro Alvarado y López Méndez parecía buscar argumentos, más que formas literarias.

Los adolescentes reaccionaban contra la autocracia guzmancista y manifestaban su cansancio por las grandes mentiras oficiales del viejo dominador. El «modernizador» Guzmán Blanco, caudillo a la última moda, había traído de su amada Europa todo lo moderno: desde las compañías de ópera hasta las herejías religiosas, pero no existía la libertad política. Por este motivo, si no se podía atacar directamente a Guzmán, era posible demoler algunos de sus ídolos. Uno de los divulgadores de las nuevas ideas, entusiastas, polémicas y agitadoras, fue Luis López Méndez, el crítico de la generación positivista. Su revelación literaria tuvo algo de agresivo y fulgurante, porque aprovechó la falta de libre discusión en la vida venezolana como tema solapado en sus críticas.

En lo que respecta a la crítica literaria de la generación positivista, aparecía la intención de añadir una base científica y

literaria al viejo personalismo que había privado hasta entonces en su desarrollo. El mencionado López Méndez, junto a César Zumeta, fue tal vez el crítico más importante del momento; porque, con una labor fragmentaria e impulsada por las ideas positivistas, adoptó las nuevas corrientes estéticas y filosóficas en su interpretación literaria.

López Méndez en sus sonados artículos publicados en el diario de Maracaibo *EL Fonógrafo*, y recogidos luego en su libro *Mosaicos...*, comenzó con un antiguzmancismo literario dirigido también hacia los amigos que Guzmán Blanco tenía en la Academia Venezolana. En sus ataques, el autor esgrimió una fresca erudición: títulos de libros y citas, conceptos sobre Estética, Lingüística, Poesía e Historia, que dolían a sus adversarios por ser un arma nueva y secreta contra la cual no estaban prevenidos.

El crítico se refería a una *polilla académica* que malograba y debilitaba a los mejores espíritus de Venezuela. Como leía y traducía bien el inglés, utilizaba los nombres de Spencer o Darwin en cada discusión de ideas. Con ello, propiciaba una cultura que rompía los límites de la arcaica tradición española y recibía el aporte de la investigación y formas cosmopolitas del mundo moderno. Sus artículos en el *Fonógrafo* tuvieron la importancia de una cruzada nacional y en ellos, es posible admirar el brío libérrimo con que se atrevía a opinar acerca de tantos y desenfadados temas prohibidos en Venezuela.

El escritor tachirenses, dotado de fino temperamento, representó en su generación más que una promesa, segada inesperadamente por la muerte. Sus trabajos polémicos estaban fundamentados en las lecturas recientes y respondían a una seria

posición doctrinaria. Gil Fortoul, su compañero de generación, al prologar el libro *Mosaicos* escribía: «Sus tendencias políticas son deducciones lógicas de la ciencia contemporánea; y su lenguaje revela la fuerza y flexibilidad, a un tiempo de una inteligencia donde se equilibran las preocupaciones del filósofo y los nerviosos refinamientos del artista”.

Comenta Picón Salas (1961) que la breve y ardorosa vida del escritor tachirense resumía, como pocas, la inquietud de aquella brillante generación que en 1886 derrumbaba las últimas estatuas del Ilustre Americano, el General Guzmán Blanco. El joven empleado del Correo de Caracas, autodidacta tesonero, de clara cabeza filosófica y visitante indiscreto en las tertulias y academias de la capital venezolana, convocaba hacia un proceso polémico, todos los fundamentos de la sociedad civil. A los veinticinco años escribía con la sensatez de un hombre de cincuenta. Soñaba con fundar un partido que superara los viejos bandos de *Godos y Liberales, de Paecistas y Guzmancistas, y* luego iniciar una época de reflexión y mesura en las costumbres públicas. La gran ilusión de la época fue armonizar con la ciencia, porque dotaba al hombre de los instrumentos y técnicas para el orden inteligente del mundo.

López Méndez, nacido en San Cristóbal (1863), ciudad andina, capital del Táchira, había sido llevado a Caracas por su padre, Luis María López Méndez (familiar del prócer de la Independencia) después de la muerte de su esposa. Bajo el cuidado de una tía, doña Isabel López Méndez de Jurado, el joven creció y se educó. Muy pronto comenzó a distinguirse como escritor entre los jóvenes que componían la «Sociedad de Amigos del Saber», de la cual formaban parte, entre otros, Gil Fortoul, Lisandro

Alvarado, David y Julio Lobo, Pablo Acosta Ortiz, estudiantes universitarios promotores de ideas nuevas entre 1881 y 1883.

Desde 1886 comenzó a publicar en periódicos y revistas los artículos que en su mayor parte formarían a *Mosaico*. Estuvo empleado en la Oficina de Correos de Caracas donde fue Director, y compartió con César Zumeta la dirección crítica y estética del movimiento positivista. Realmente irrumpió con sorpresiva agresividad filosófica y estética en los dorados cenáculos del pensamiento criollo de su época. Se había instruido a sí mismo con la lectura de obras filosóficas de la época, aprendió inglés y leyó a los escritores de moda en su propia lengua. Supo aprovechar las lecturas de los filósofos ingleses, cuyas ideas fluían del positivismo francés y del materialismo científico, en boga entre los escritores que publicaban en París en una colección cuyo título general era *Bibliothèque de Sciences Contemporaines*. Para ser tan joven, en poco tiempo López Méndez había logrado atesorar una cultura sólida y vasta.

Su discurso escandalizaba y muchas veces fue interpretado como herético. No creía en la religión, porque pensaba que no conducía hacia la verdad. Atacó duramente a los académicos empedernidos y los abrumó en muchas oportunidades con las citas de los pensadores europeos más novedosos de ese tiempo. En política, desnudaba la realidad del país y en creación, también había explorado el campo de la poesía y la narración con "La Balada de los muertos" y "El Último Sueño". Ausente de Venezuela durante varios años en misiones consulares, enviaba informes sobre lo que se escribía en Europa, a los periódicos y revistas de Caracas. En 1889, el Gobierno del Dr. Rojas Pául lo había nombrado Cónsul de Venezuela en Bruselas, donde murió

en 1891, muy joven, un año después de haber publicado su libro. El escritor José Ramón Medina (1969) dice que "murió a los 30 años de edad y, sin embargo, dejó cumplida obra de vasta trascendencia, aprovechada por generaciones posteriores".

2.- La crítica literaria de López Méndez

Díaz Seijas (1946) ha procurado una diferencia entre lo que se entiende por ensayo, artículo, monografía y otros estudios críticos. Al respecto, comenta que el ensayo posee sus atributos especiales, a saber: "una composición en prosa caracterizada por una apretada síntesis y gran profundidad de conceptos, cuyo estilo cruza elementos de otras categorías literarias como la didáctica o la poesía". El escritor de ensayos pone de relieve sus inclinaciones personales con una considerable flexibilidad que no permite fórmulas fijas o estáticas.

El artículo, por lo contrario, es generalmente un texto ligero y, en cierta forma, superficial; llega sólo al bosquejo de los temas tratados, su forma periodística es revelada por la información palpitante y actual. El estudio crítico confunde sus límites con los del ensayo y se dirige hacia una crítica interpretativa y creadora a la vez. En este caso, es difícil fijar dónde empieza el ensayo y donde termina la crítica literaria propiamente dicha. Lo mejor, según el autor mencionado, es sintetizar bajo la denominación de ensayo crítico el estudio que participa de las características literarias.

La aparición del moderno ensayo venezolano se remonta a los días de la generación positivista. Antes, se habían cultivado con insistencia otros géneros como la poesía y la novela; pero el ensayo en su factura moderna con la suficiente dosis de ideas y

su carga de sugerencias, en estilo cuidado y con cierto aliento lírico, no tuvo representantes importantes en Venezuela, sino a partir de las últimas dos décadas del siglo XIX. Se puede considerar a los pensadores del positivismo como los auténticos forjadores del ensayo moderno en Venezuela, porque las características de sus obras darán forma a otras generaciones de ensayistas.

En los albores del moderno ensayo venezolano, Luis López Méndez publicó su único libro *Mosaico de Política y Literatura* (1890), que recogía los polémicos artículos, publicados en *El Fonógrafo* de Maracaibo. Estos escritos, que combatían los prejuicios religiosos o estéticos y analizaban la situación política nacional, estaban constituidos por largas epístolas, firmadas a veces con los seudónimos de *Lucrecio* o *Numa*. Para Díaz Seijas (1946), probablemente la premura o falta de madurez en los asuntos tratados, hicieron que López Méndez no lograra situarse en lo que él había denominado propiamente *ensayo*. Por esta razón opinaba que "artículos más que ensayos fue lo que en su breve carrera literaria pudo entregar a la posteridad".

Julio Planchart (1984) ha comentado que el libro está conformado por una colección de artículos con intención polémica. Los escritos contienen ideas filosóficas, religiosas y de derecho político principalmente; sin embargo, existen algunos textos de crítica literaria que poseen una calidad particular e interesante, suficiente como para colocar a su autor entre los críticos venezolanos dignos de estudio.

Mosaico es el resultado del diario debatir del autor en las páginas de los periódicos y constituye su mejor testimonio, pro-

ducido con edificante pasión venezolana. En sus páginas, se encuentra un contenido variado y complejo; precisamente, acerca del aspecto literario, Julio Planchart (1984) ha escrito lo siguiente: "sus artículos de crítica literaria son pocos, pero tienen la peculiaridad de estar informados por ideas muy definidas, que si tienen el mérito de evidenciar una personalidad firme y actual, le impiden por ser normas determinadas que anticipan el resultado del juicio, la libertad de él y le constriñen el ejercicio del buen gusto, elemento esencial a la crítica literaria y artística".

La crítica literaria de *Mosaico*, abarca los siguientes títulos: el primer artículo, "Aspiraciones", es una carta dirigida al redactor de *El Fonógrafo*, con algunas consideraciones sobre Yépes y Guaicaipuro Pardo; la tercera carta titulada "Juan Vicente González"; los artículos "Discurso del Dr. Eduardo Calcaño", "Don José Antonio Calcaño", y las críticas denominadas "Julián, por José Gil Fortoul", "Dos discursos académicos" y las "Poesías del Dr. Rafael Núñez". El resto del libro se refiere a polémicas filosóficas, políticas y religiosas.

"Aspiraciones" es el primero de los escritos, especie de prólogo ideológico a toda la obra de una unidad magnífica, aunque compuesta de diversos artículos para periódicos. En estas páginas, establece López Méndez la relación entre la marcha de la sociedad y de las letras; y afirma que, por causas sociales, el tiempo en que escribía era un período de esterilidad en Venezuela en contraste con la abundancia y brillantez de los años anteriores. López Méndez con este artículo, entregaba una suerte de manifiesto de sus propósitos y explicaba el momento literario con una síntesis metafórica: "Las arpas están mudas o por lo menos sólo de vez en cuando despiden una leve vibración que no se propaga en el vacío". En *Aspiracio-*

nes sólo trata a José Ramón Yepes y a Francisco Guaicaipuro Pardo como representantes de una generación a quien le concede el crítico, numen y algo de virilidad.

La tercera carta al periódico *El Fonógrafo* está dedicada a Juan Vicente González. En ella, se comenta una publicación por entregas, iniciada por la hija de aquél en 1886. López Méndez comenzaba quejándose por la indiferencia con que el público recibía las obras de los autores patrios los cuales "aún después del esfuerzo intelectual necesario para producirlas, tienen ánimo suficiente para luchar con las enormes dificultades económicas de la edición".

La figura literaria de Juan Vicente González es eminentemente tentadora para el crítico; sin embargo, López Méndez no aborda de frente el estudio del escritor, porque sólo conocía fragmentos de su obra, publicados en la *Biblioteca de Escritores Venezolanos* y en el *Manual de la Historia Universal*. Después de exponer las dificultades de su generación para conocer las obras de Juan Vicente González, López Méndez hablaba del carácter vehemente y enérgico del escritor: "Ponía tanta vehemencia en el ataque, tanta energía en la defensa de sus convicciones, que los que leemos a la distancia de treinta años (...) todavía nos sentimos exaltados y como poseídos de la llama que se desprende de aquellas páginas devoradoras".

Cuando López Méndez escribía, las pasiones se habían aquietado por el régimen de Guzmán Blanco, sagaz dictador que había silenciado la prensa y acabado con la oposición. Por tal motivo, censuraba ese estado de tranquilidad y apaciguamiento y, para sustentar su tesis (favorable a la libertad y contraria al

régimen de Guzmán), afirmaba que en la República era necesaria e indispensable la existencia de caracteres del temple de Juan Vicente González, porque “mantiene vivo el fuego de la discusión que concentran en sí los impacientes arrebatos y la pasión tumultuosa de los partidos”. Como se puede observar, escribir acerca de Juan Vicente González sólo era una excusa de López Méndez para exponer sus ideas contra el régimen del dictador Guzmán Blanco: “Cuando la pluma calla, hablan las bocas de los fusiles (...) ¡Todo puede cubrirlo el silencio!”.

En su texto titulado “Discurso del Dr. Eduardo Calcaño”, el estudio literario más significativo, López Méndez consignaba varias reflexiones que se le ocurrieron cuando oyó contestar al orador, un discurso de recepción del obispo de Guayana, Monseñor Felipe Rodríguez en la Academia Venezolana de la Lengua en octubre de 1886. Había ido a la Academia en ocasión de estos discursos, convencido de que ella era como un nidal de ideas anticuadas. Comenta Planchart (1984) que estaba allí: “joven, antiacadémico y con la mente llena de ideas modernas, como gavilán cazador de las envejecidas que echarían a volar en las palabras armoniosas del Dr. Calcaño”. El auditorio debió estar entusiasmado por el discurso, pero el joven crítico no pudo participar de la misma manera porque se había preparado para entender lo contrario; su alma inexperta y exclusiva se hallaba imposibilitada para comprender el discurso tal y como lo emitía el orador.

Después del “Discurso del Dr. Eduardo Calcaño”, existe otro referido al hermano de éste: el poeta José Antonio Calcaño. En el *Diccionario Biográfico* del señor José Domingo Cortés aparecía aquél como el lírico más descollante de Ve-

nezuela y López Méndez se propuso con sus líneas demostrar que tal aseercción no estaba justificada. La juventud de entonces pensaba que las Academias eran un remanso de ideas detenidas, una corporación de hombres fosilizados, rémoras de progreso. López Méndez, anti académico, iba en contra de los hermanos Calcaño, precisamente por ser académicos.

En *Julián*, de Gil Fortoul, López Méndez afirmaba que *Julián* la novelita corta del escritor: "venía a romper una lanza en el terreno del naturalismo". La obra constituía un ensayo de novela, una primeriza obra de ficción del historiador Gil Fortoul, publicada en 1888. López Méndez la comentaba como libro juvenil perteneciente a "la novela psicológica".

"Dos discursos académicos" era el título del artículo crítico referido a los discursos pronunciados en la Academia de la Lengua, por Heraclio Martín de la Guardia y José María Manrique en la recepción del primero. El escrito de López Méndez estaba impregnado por un antiacademicismo, salpicado de humor irónico leve y gracioso, que apenas apuntaba en sus otras páginas con una nueva calidad literaria. López Méndez no censuraba a Guardia sino, más bien, lo trataba con tolerancia; a quien atacó fue a José María Manrique porque representó el espíritu tradicionalista y porque había hecho una apología del cristianismo en su discurso.

En los últimos trabajos de López Méndez, los realizados en Europa poco antes de su muerte, se puede apreciar un adelanto sobre los anteriores trabajos. Opina Planchart que la parte mejor de la obra de López Méndez no está en los artículos de crítica sino en los relativos a política y a derecho constitucional.

De los veintiséis que componen al *Mosaico*, un gran número es político. Era escritor enemigo de la dictadura y amaba la libertad, y aunque no trató este punto concretamente, sus escritos están influidos por esos pensamientos.

El crítico literario es como un juez y el escritor político es un defensor de su propio credo o un atacante del contrario. En ambos, López Méndez hallaba campo para su pasión juvenil y su capacidad polémica; porque sus estudios literarios, en general, estuvieron influidos por la política. Gran parte del trabajo relativo a Juan Vicente González fue un velado reproche al sistema dictatorial de Guzmán Blanco, este dictador era el presidente de la Academia de la Lengua y los Calcaño, partidarios de él

Como ensayista, Luis López Méndez poseyó singular agudeza e ingenio, excelente prosa de crítico que comenzaba a formarse bajo la influencia de los historiadores y ensayistas ingleses, cierta ingenuidad científica y un racionalismo literario que aplicaba la Lógica de las Ciencias al Arte. Su espíritu novedoso y revolucionario floreció sobre la literatura oficial de aquellos tiempos. Poseía un agitado repertorio de problemas nacionales, transmitido con gran fuerza polémica por un espíritu serio y ardiente, cuyas palabras todavía parecen conservar alguna validez y alumbrar al investigador de un apasionante momento de la conciencia venezolana. Todo esto encontrará el lector en la obra de López Méndez, porque en sus ensayos proyectaba una capacidad de análisis y una variedad de cultura.

Desde los días de López Méndez han cambiado los métodos de juicio y se deshicieron los fundamentos del positivismo científico. Hoy no se cree que la Ciencia naturalista explique los

problemas del hombre moral y de la Historia, pero subsiste el fervor analítico con que el crítico supo definir el azaroso proceso democrático. Entre los letrados venezolanos se le ha dado tanto valor al estilo y tanto gusto al oído, que López Méndez, aunque autodidacto, de horizonte limitado por el género de sus estudios y por la juvenil falta de experiencia, se ha distinguido por el equilibrio de sus ideas y de su expresión, como precursor del moderno ensayo crítico venezolano.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

- Díaz Seijas, Pedro. (1946). *Introducción al estudio del ensayo en Venezuela*. Caracas: Editorial Atlántida.
- Díaz Seijas, Pedro. (1966). *La Antigua y la Moderna Literatura Venezolana*. Caracas: Ediciones Armitano.
- Medina, José Ramón. (1969). *50 Años de Literatura Venezolana*. Caracas: Monte Avila Editores.
- Picón Salas, Mariano. (1961). *Estudios de la Literatura Venezolana*. Caracas-Madrid: Ediciones Edime.
- Planchart, Julio. (1984). *Críticos Venezolanos*. Caracas: Editorial Arte. Fundación de Promoción Cultural de Venezuela.
- Planchart, Julio. (1948). *Temas Críticos*. Caracas: Edic. del M.E.